

ziutlán, donde la primera autoridad política al cargo del ciudadano Rafael Avila, liberal recomendable, le recibió espléndidamente; y en seguida se dirigió para la Villa de Tetela, cuyo vecindario le hizo una entusiasta recepción: aprovechando esta circunstancia, dió principio á la organización de fuerzas y acopio de material de guerra, utilizando parte de lo adquirido en el para siempre memorable combate de Filipinas.

Por su parte, el Gobernador Alatríste, al frente de una pequeña fuerza de Guardia Nacional, salió de Veracruz el 21 de Junio, y después de haber atacado y tomado el Puerto de Tuxpan, se dirigió al Estado de que era Gobernador, trayendo armamento y algunos otros elementos de guerra; y á poco contaba ya con una fuerza como de 400 hombres de los Jefes constitucionalistas Perdomo, Bello García, Montoya y Carretero.

Por de pronto, estableció su Cuartel General en Tlapacoya, y más adelante en los "Pocitos," donde expidió el siguiente manifiesto, en el cual, después de dar cuenta de diferentes hechos de armas, todos favorables á la causa del pueblo, hacía un entusiasta y patriótico llamamiento á éste, para que agrupándose en derredor del estandar-te constitucionalista, contribuyera con su poderoso empuje á dar el último golpe á la facción reaccionaria.

Hé aquí el documento enunciado, cuya importante lectura recomendamos:

*"EL C. LIC. MIGUEL CASTULO DE ALATRISTE, Jefe de la primera Brigada de operaciones del Ejército Federal de Oriente, y Gobernador constitucional del Estado Libre y Soberano de Puebla, á sus habitantes:*

*"CONCIUDADANOS:*

"La imperiosa necesidad de cooperar al sostenimiento de la Plaza de Veracruz, residencia del Supremo Gobierno y núcleo ahora de las operaciones militares de Oriente, bien á mi pesar me alejó por algún tiempo de vosotros. Cambiadas las circunstancias y después de haber tomado á Tuxpan, auxiliando á sus guardias nacionales con los valientes de Papantla, Teziutlán y Temapache y de haber sido deshecha en Filipinas una brillante y poderosa sección del ban-

do rebelde por la constitucionalista denodada de Puebla, vuelvo al Estado con la fe viva y antigua de la causa democrática, con la esperanza del halagüeño porvenir que está reservado á nuestra Patria y con el deseo de contribuir del modo más á propósito al desarrollo del programa en que estriba la felicidad y el perfeccionamiento de la humanidad. Desde los lugares remotos en que he vivido y he transitado, por los diversos sucesos de la guerra, he visto y sentido vuestras penalidades y sufrimientos, y sobre mi corazón ha pesado también la mano de hierro que infortunadamente os ha oprimido. Míos han sido los padecimientos de los desvalidos, presa de la soldadesca para ser incorporados en sus filas; mío también el sentimiento de los ciudadanos laboriosos que en un día han visto desaparecer su fortuna, cúmulo de largos años de trabajos y economías, arruinada por la rapacidad de los hombres del retroceso. Estos no han tenido á mengua sacudir la mejilla de los ciudadanos maniatados, por los ebrios, tampoco han dudado escupir á la cara á las débiles mujeres, ni incendiar y poner á saco las poblaciones inermes; cubriendo todas las iniquidades de su depravación con la hipocresía más refinada y con el manto de la religión que villanamente profanan. La nación toda con más experiencia que en épocas anteriores, ha levantado el grito de alarma, y con el empuje que le comunica la justicia de su causa, ha arrojado á las fuerzas reaccionarias del suelo que sólo son dignos de pisar los hombres libres, y que ocuparon aquéllas por la perfidia que manejan y por la traición que les es peculiar. Reducida la oligarquía agonizante á sólo las capitales de México y Puebla, un esfuerzo es bastante á hundirla para siempre en la nada de que salieron sus preocupaciones, sus usos, sus nombres y toda su organización, opuesta á las leyes físicas y morales, cuya existencia es la verdad y el principio del sistema democrático.

"CONCIUDADANOS: Vosotros que ya en la paz, ya en la guerra me habéis acompañado y seguido, no seréis los últimos que concurran al triunfo definitivo de la causa de la Constitución. Venid á uniros á estos valientes que han sabido conservar el nombre ilustre de Puebla, al través de mil y mil sacrificios y á pesar de la intemperie, de la fatiga, de la desnudez y del hambre. Ciudadanos virtuosos son los que os esperan para dividir con vosotros el lauro de la victoria: Ciudadanos que en la vida pacífica adquieren en el día triple de lo

que vale el miserable *prest* del soldado: Ciudadanos para quienes la patria es el objeto de más estima y su servicio el más importante de ver. Entre ellos hallaréis jefes que al valor militar reúnen las virtudes del verdadero Republicano: Venid, pues, en su auxilio y habréis conquistado la gloria de poner término á la amargura de la patria y á la anarquía del Estado, y de haber consolidado con el restablecimiento del orden, vuestra felicidad y ventura.

“Campo en los Pocitos de Teziutlán, Agosto 10 de 1858.—*Miguel Cástulo de Alatríste.*”

A pesar de la ausencia del Jefe del Estado, la guerra seguía en éste con más aliento.

Con fecha 6 de Mayo, participaba el cabecilla Peral, que en el punto llamado Tetla, el oficial Nicolás Sánchez batió una partida de constitucionalistas, quedando prisionero el Jefe Pedro Méndez.

Por el mismo tiempo comunicaba Montañón haber derrotado en Chiautla al Jefe liberal Agustín León.

Avisaba el Prefecto de Tehuacán, que habiéndose aproximado á dicha población, el 10 de Julio, algunas partidas de liberales, de las fuerzas de Teotitlán (Oaxaca), con el objeto de invadirla, dispuso que saliera una fuerza de caballería de 80 hombres al mando del Comandante de Escuadrón, D. Manuel Gómez: informado éste de que el enemigo se retiraba hacia Coxcatlán, siguió en su busca, y habiéndolo alcanzado en el paraje nombrado “Venta Salada,” lo derrotó y puso en dispersión.

Montañón participaba á su Gobierno haber derrotado, el 26 de Julio, al Jefe constitucionalista Cubillas, en los ranchos de Tlalayo Nuevo y Viejo, pertenecientes al Distrito de Matamoros.

Hacia mediados de Agosto, Tecamachalco fué ocupado por fuerzas liberales al mando de los Jefes Osorio y López: el vecindario, que simpatizaba con los ocupantes, abandonó al Jefe Político Don Amado del Castillo, el cual hizo una débil resistencia y cayó prisionero.

Tepexi fué invadido por fuerzas reaccionarias al mando del subprefecto de Acatlán, D. Ignacio Peral, el 9 de Mayo: á su aproximación, abandonaron la plaza los constitucionalistas que mandaba el Jefe Rodríguez, de quien ya llevamos hecha honorífica mención, remontándose á Tepexi el Viejo.

A mediados del siguiente Junio, volvió otra vez Peral á Tepexi, pasando primero á Ixcaquistla. Entonces Rodríguez, que tenía organizada su fuerza con los contingentes de hombres y armas que le ministraron los valientes liberales Vicente Ramos, de la Cabecera; Mariano Aranda, de Cuayuca; Miguel Rosas, de Huatlatlauca; Cristóbal Palacios, de Ixcaquistla; Gabriel de los Santos, de Molcajac; Cayetano González, de Huehuetlán, y José Bravo, de Zacapala; con ese valioso auxilio, repetimos, marchó y ocupó dicho Tepexi, que abandonaron los reaccionarios.

Convocó al antiguo insurgente, ciudadano Mariano Osorio, retraído en los montes del Duraznillo; dió cita á todos sus amigos, y al grito de “Libertad y Constitución,” que lanzó heroica y decididamente, todos los ciudadanos adeptos á la Carta de 57, se agruparon á su alrededor.

Inmediatamente formó dos Escuadrones cuyo mando confirió al Coronel Osorio y al Comandante Cristóbal Palacios, quedando encargado el valiente D. Vicente Ramos, de quien más adelante tendremos ocasión de hablar, de la organización de la infantería; y con dicha fuerza de caballería, consistente en más de 200 hombres, empezó á expedicionar por Molcajac, Huatlatlauca, Huehuetlán y el Valle de Puebla, recorriendo con sus subalternos, ciudadanos Cristóbal Palacios, Ignacio Sánchez, Blas Quintana, Félix Aguilar, Magdalena Ruiz, Nicolás Orea, Antonio Gamboa y otros, los llanos de San Baltazar; y dando vuelta por el pueblo de Cuautinchán, donde se le incorporó con su fuerza de caballería, el Comandante Jesús Bañuelos, pasó por Tecali, donde tuvo aviso de que el jefe Montañón venía á perseguirlo, y se encontraba ya en Huehuetlán.

No contando con elementos suficientes para resistirlo, se dirigió para Tepexi, á cuya población fueron llegando sucesivamente y con sus respectivas tropas, los Jefes Pedro Ibargüen, de Tepeaca, acompañado de sus amigos Manuel Bueno, los Alvarado y Julio Machorro; Gámez, de Tehuacán; Anastasio López, de Tecali; Manuel Durán, de Puebla; José María Cid, de Tecamachalco y Tlacotepec, y Carbajal, de Tlaxcala, formando un conjunto respetable de fuerzas, aunque careciendo de armas y parque.

El enemigo, que veía las proporciones alarmantes que tomaba la “Sección Rodríguez,” trató de destruirla, combinando, para el efec-

to, un ataque simultáneo con fuerzas de Acatlán y Matamoros; mas el jefe liberal se le anticipó, saliendo en su busca con sus fuerzas, de acuerdo con las del Coronel Osorio que deberían atacar por la retaguardia; y en el paraje llamado "Cuesta del Toro," se encontró de improviso con el enemigo, en número de 300 infantes y 150 caballos, á quien fué necesario batir, aunque no muy decididamente, dando tiempo á que el referido jefe Osorio llegara con su tropa al campo de batalla.

Los reaccionarios, alentados con ésto que juzgaron como debilidad é impotencia, cargaron sobre sus contrarios, quienes astutamente los sacaron al llano, y ya en éste, por medio de una carga vigorosa que les dieron con su caballería los jefes Carbajal y Palacios, fueron puestos en vergonzosa fuga, refugiándose los restos en la hacienda de Santa Inés, y cayendo prisionero el Mayor de órdenes, D. Nicolás González.

Encerrados ahí, como á las once se estableció un sitio aunque imperfecto; mas llegada la noche, aprovechándose de la obscuridad y de un aguacero copioso que cayó, Sánchez, el jefe de la destrozada fuerza, pudo evadirse de la finca, regresando con unos cuantos á Acatlán.

Rodríguez levantó el campo al día siguiente; y el activo Montañó que se aproximaba con su tropa al campo de batalla, en auxilio de sus correligionarios, tuvo que retirarse precipitadamente, al tener noticia del resultado de la acción de Santa Inés, que habría dado más felices resultados, si Osorio, cumpliendo lo pactado en la combinación relativa, hubiera concurrido, como era su deber, á tan notable hecho de armas.

Mientras esto pasaba por un rumbo del Estado de Puebla, Echeagaray era acerbamente combatido por el poco éxito de la campaña de Oriente, pues se decía que después de algunos meses de empezada ésta, ni había ocupado Perote, ó sea la fortaleza de San Carlos, ni logrado que Veracruz reconociera al Gobierno tacubayista.

Un periódico poblano decía á este respecto, y en defensa del asendado Jefe:

"El Sr. General Echeagaray no ha hecho mas de lo que racionalmente podía esperarse de su bien conocida pericia militar y de su acreditado valor, puesto que con una escasa División desbarató com-

pletamente las numerosas fuerzas que acaudilladas por Llave, Alatríste, López y otros, ocupaban la mayor parte de los Departamentos de Puebla y Veracruz, obligando á los restos de esas tropas á encerrarse dentro de las murallas de la fortaleza de San Carlos ó de la ciudad de Veracruz, donde las enfermedades que reinan en la Costa los han diezmando."

Seguía enumerando los méritos de este Jefe, entre los que contaba su energía y actividad para hacer que abortaran las maquinaciones de los liberales, que *habían derramado el oro* para seducir á los soldados defensores del orden; y que á él se debía que Puebla no hubiera sido atacada, como habría sucedido, si su valiente División considerada como la roca invencible no contuviera los avances de los demagogos de Veracruz y Oaxaca, que se desbordarían como un impetuoso río sobre el Departamento de Puebla, que con dificultad podría resistirlos por la escasez de tropa, de armas y de dinero en que se hallaba.

"Que por lo expuesto, la campaña de Oriente, lejos de disminuir en un solo ápice la reputación militar de dicho Jefe que la estaba dirigiendo, había servido para aumentarla, en el concepto de los hombres sensatos que no se detienen en la superficie de las cosas, sino que las consideran como son en sí y hacen justicia al verdadero mérito."

Como puede colegirse del contexto de los párrafos que anteceden, la situación distaba de ser tan bonancible y halagüeña como la hacían suponer las noticias de los diarios conservadores, y las proclamas y partes rimbombantes de los corifeos de la reacción. La República se hallaba en ebullición completa, y su vasto territorio ofrecía el imponente espectáculo de una desapiadada y sangrienta lucha. Puebla participaba de esa violenta conmoción, y la parte Norte del Estado empezaba á entrar en una grandiosa fermentación, como vamos á demostrarlo.

Después de la pérdida de Orizaba, las fuerzas de Guardia Nacional de que se componía la Brigada Alatríste, sufrieron una casi total dispersión, y los ciudadanos que la formaban, así los Jefes como los Oficiales y tropa, empezaron á regresar á sus hogares, venciendo obstáculos sin cuento, pero con la resolución firme de lanzarse á la lucha en la primera oportunidad.

El triunfo de Filipinas, de tanta importancia para la causa liberal, y el retorno que llevamos dicho, de los Jefes y Oficiales á los lugares donde disfrutaban de consideraciones y merecidas simpatías, aceleraron el pronunciamiento contra la reacción en casi todas las poblaciones de alguna importancia.

La nube precursora de la tempestad, empezó á formarse en el Distrito de Huauchinango, abundante en recursos de todas clases, y cuyos pueblos de Pahuatlán y Jicotepec, designados como principales puntos de reunión, ofrecen incalculables ventajas para el ataque y la defensa en la guerra terrible de la montaña.

Hacia mediados de Julio, ciudadanos armados y sin armas, en pequeños grupos, empezaron á afluir á los lugares expresados: componíanse estas reducidas caravanas de la juventud florida de aquellas demarcaciones, henchida de entusiasmo y ávida por medir sus armas con los satélites del retroceso, y expulsar de aquellos contornos, saturados de un ambiente de libertad, á las turbas reaccionarias que sólo por un azar de la suerte ejercían en aquellos lugares, mansión de los hombres libres, su brutal y humillante dominación.

Con el poco armamento que había, enviado en su mayor parte por el Gobernador Alatríste, empezaron á organizarse cortas fracciones de tropa, sirviendo para ello de núcleo los contingentes de los pueblos de Tlacuilo, Pahuatlán, Jicotepec, Huauchinango y Zacatlán; á la cabeza de esas fuerzas, y con el carácter de Coronel, se puso el ciudadano Antonio Téllez Baquier, sujeto apreciable, de elevada posición social, y partidario decidido de la libertad y de las instituciones democráticas.

Sus agentes, ó sean sus principales colaboradores, eran ciudadanos distinguidos que habían dado muestras de su entereza y civismo, contándose entre ellos los Diputados Márquez Galindo y Andrade Párraga; Pedro González, Manuel Herrero, Antonio Galindo, Mariano Domínguez, Vicente Márquez Galindo, Rafael, Agustín y Francisco Cravioto, Carlos y Fernando Andrade Párraga, Antonio Galeote, José de la Luz Ramírez, Rafael Cabrera, Fernando Lechuga, Francisco Balderrábano, y otros no menos importantes, vecinos todos del rumbo.

Organizadas convenientemente las fuerzas, dieron principio á sus operaciones ocupando Huauchinango, y emprendiendo algunas co-

rrerías por las poblaciones cercanas como Ahuazotepec, Acaxochitlán y otras.

Esto pasaba en Agosto; y el enemigo que en un principio no creía ser de tanta importancia aquel movimiento, tuvo que rendirse á la evidencia, aunque fuera de tiempo, y para ese fin, organizó una poderosa expedición ya casi al concluir el referido mes.

En efecto, en la ciudad de Tulancingo, baluarte importantísimo de la reacción, se hacían grandes aprestos; y el Jefe de esa plaza, General Escobar, teniendo á sus órdenes á los Coroneles Daza Argüelles y Eugenio Paredes, salió de ella con fuerzas numerosas, dirigiéndose para Huauchinango, cuyo lugar que no ofrece ningunas condiciones para la defensa, fué abandonado por los constitucionalistas que ocuparon desde luego el punto llamado Necaxa, posición ventajosa, y por lo tanto, muy competente para resistir.

El enemigo, casi seguro de su triunfo, en razón de los cuantiosos elementos de guerra con que contaba, salió ya de Huauchinango en persecución de la fuerza liberal, la mañana del 28 de Agosto: el camino que tenía que recorrer, muy quebrado en las inmediaciones de dicha población, se ensancha como á dos leguas por medio de un llano de larga extensión, desde el pueblo nominado Cuautlita, y sigue así hasta el dicho Necaxa, habitado en su totalidad por individuos de raza azteca pura.

Un río caudaloso, sin puente, circuye el frente de éste último pueblo, pasado el cual se eleva el terreno de una manera notable, formando un estrecho desfiladero, flanqueado por grandes y abruptas montañas, y donde se establecieron pasajeras fortificaciones,

En este lugar instalaron los constitucionalistas la parte principal de sus fuerzas, que apenas contaría unos 200 hombres, quedando asegurada su retirada, en caso de un revés, con el resto de ellas, colocadas á retaguardia en el comienzo de la gran cordillera de aquella imponente y dilatada serranía.

A las once de la mañana se avistó la fuerza reaccionaria, llevando á la vanguardia al Escuadrón de Chignahuapan, que era el caballito de batalla en lances como el presente; y antes de dar principio á las hostilidades, los invasores solicitaron un Parlamento, según los usos y costumbres de la guerra: verificado éste, nada se obtuvo favorable, y en consecuencia se dió principio al combate.